

My way

Ahora que lo pienso, creo que aquella noche ese hombre entró allí por casualidad. No como nosotros, que éramos clientes fijos y diarios del *Shangai* a partir de esa hora incierta en que el sol y la luna se dicen hola y adiós y no está claro cuál de los dos es el que se larga y cuál es el que se queda. Puede que necesitara desahogarse y, en esos momentos, el *Shangai* le debió de parecer la distancia más corta entre su vida y el mundo.

Desde el lugar en que me encontraba yo, uno de los rincones peor iluminados del club, se veía regular al resto de los clientes desperdigados por las mesas y algo mejor al camarero, que estaba a cargo de la barra y de las mesas por el mismo sueldo. Era un muchacho joven con el pelo despeinado por algún estilista y sacaba constantemente vasos limpios de algún sitio bajo del mostrador, quizá un lavavajillas. Los frotaba con un trapo con la misma fuerza ilusa que Aladino a su lámpara mágica.

El tipo que acababa de entrar tendría cualquier edad entre los cuarenta y los sesenta pero puesto a hacer una media aritmética entre los años que sugerían su pelo espolvoreado con talco Ausonia y la elasticidad de sus movimientos a mí me saldrían cincuenta y pocos algo pasados de rosca. Nada más entrar en el *Shangai* se dirigió con decisión a la barra y le habló al camarero mientras echaba un vistazo panorámico al interior del local. Más que fijarse en nuestros rostros, yo diría que nos tomó a todos las huellas dactilares con la mirada. La prueba es que comenzó a hablar, primero al chico de la barra y después a los clientes, de aquella manera; como si nos conociera bien de toda la vida.

-Hola, chico. Anda, ponme una cerveza sin alcohol que no esté demasiado fría. Si está helada le das un par de vueltas en el microondas. Tengo la garganta en carne viva y presiento que esta noche la cerveza va a ser mi herramienta de trabajo – De pronto, aquel tipo sacó una fotografía de un bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró al camarero – Dime, ¿no habrás visto hoy por aquí a alguno de estos dos tipos? – Recuerdo que el chico que estaba a cargo de la

barra negó con la cabeza sin apenas echarle un vistazo a la foto. El hombre, entonces, sacó una placa del bolsillo con la mano libre y se la mostró – Anda, echa otra mirada a la foto. - El camarero accedió a la petición y dedicó un par de décimas de segundo a contemplarla pero volvió a mover la cabeza negativamente – Era de suponer – siguió él – Ya se sabe, por aquí pasa mucha gente... uno está a lo suyo que es servir copas a los clientes...ahora toda la gente que sale de noche se parece bastante porque viste de forma muy parecida; sobre todo, los hombres y bla, bla, bla...- Posiblemente yo fuera el único que le prestaba atención en medio de la indiferencia general pero aquel tipo parecía ser de los que se crecen en calma cuando son ignorados. Ya saben, uno de esos que van a lo suyo sin distraerse y aprovechan el incendio de la *Fenice* para ofrecerle una churrasco poco hecho a la Callas con la promesa de que así se transformaría en Ella Fitzgerald y eso que saldría ganando. Mientras el camarero le servía en un vaso parte de aquel líquido sin espuma, él se acercó a la mesa más próxima y mostró la fotografía a sus ocupantes. Por el tono alto de su voz no sólo les hablaba a ellos – Escuchen, en esta fotografía todos ustedes van a tener ocasión de verles el rostro a un par de hijos de perra. Esos jovencitos de apariencia angelical han asesinado en la tarde de ayer a una criatura inocente que se llamaba Winnie. Winnie tenía seis años y un pelo rubio lleno de tirabuzones, que se le han quedado tiesos al secarse la sangre que los empapaba. Probablemente alguno de ustedes tenga una hija de la misma edad que ella. Tranquilos, no les voy a pedir que se pongan en la piel de los padres, pero si a alguno de los que están aquí esta noche le parece que se ha cruzado recientemente con cualquiera de esas dos alimañas de la foto, si esos rostros le suenan de haberlos visto en algún sitio durante las últimas horas, yo debería saberlo. No es necesario que me lo cuenten aquí delante de todo el mundo. Pueden llamar luego a la comisaría del distrito. Soy O’Hara, inspector Tom O’Hara. Si preguntan por mí al funcionario que conteste al teléfono, me avisará y atenderé esa llamada personalmente. Empecemos por ustedes ¿Han visto esas dos caras de la fotografía?. Si no es así, vayan pasándola a los demás para que la vean todos – El policía O’Hara regresó a la barra y apoyó su espalda en ella – En fin, vamos a ver como funciona la habitual colaboración ciudadana con la policía – Lo dijo con retintín mientras echaba tragos directamente de la botella, como si ignorase la otra mitad del contenido que había en el vaso, y luego acabó volviendo a hablarle al camarero -

Una noche floja, ¿eh? No eres de esos que hablan por hablar ¿verdad? Está bien. Tranquilo, tu silencio no va a ponerme nervioso. Eso era al principio, cuando empezaba en esto pero con los años de oficio le llega a uno la serenidad. En esto de la lucha contra la delincuencia, las cosas han cambiado mucho. Cuando yo empezaba, agarrabas a un sospechoso y, en el sótano de la comisaría, a solas con él, podías enseñarle a cantar aunque fuera tan mudo como tú. Recuerdo una vez que detuvimos al sospechoso de haber atracado un banco en el Soho. A las dos horas de apretarle las tuercas, aquel fulano no sólo había confesado su culpabilidad, también me reconoció que era el autor de un homicidio que cometería tres años más después. Y eso que jamás se me olvidaba informarle de sus derechos. Se los decía de carrerilla. Eso sí, después su cara y su estómago empezaban a enterarse de los míos. Tienen razón los que dicen que el pasado es como el extranjero porque allí se hacen las cosas de otra manera. Ahora, todo es distinto. Desde que los políticos han metido las narices en nuestro trabajo, ese menú repugnante que se llama índice de delincuencia, que es pura hiel, hay que servirselo con mucha azúcar a la gente para que sepa dulce. Para moverse hoy por la crónica negra de los sucesos es preciso hacerlo con la delicadeza de un belenista. En los interrogatorios policiales de ahora al sospechoso de haber cometido un asesinato sólo se le pueden hacer preguntas de Barrio Sésamo. Antes, los jueces y nosotros estábamos en el mismo bando, defendiendo a la gente honrada, pero yo les podría dar ahora mismo el nombre de unos cuantos magistrados que no consideran delito el robo del bolso a una anciana cuando el autor es un inmigrante de otra raza. Uno de estos jueces, muy famoso en los medios, por cierto, me dijo un día que un tirón de bolso de un africano no era, realmente, un robo sino otra muestra más de cultura étnica en la calle. Se lo decía yo esta mañana a Eddie. Eddie Calder es el novato que me ha tocado de compañero para buscar a ese par de hijos de perra de la fotografía, los hermanos Mc Coy... los mismos que acaban de asesinar a una chiquilla para darle una lección al padre, un honrado comerciante que los identificó como autores del robo a mano armada en el establecimiento de su propiedad. El caso es que Eddie..., bueno, qué les voy a contar, todos los novatos son iguales. Este aprendiz de policía que me ha caído en suerte tiene todavía la cabeza llena de todas esas tonterías que les enseñan en la academia sobre tácticas para reducir el riesgo personal en los enfrentamientos con los delincuentes. No se lo van a creer

pero lo primero que me preguntó esta mañana, nada más salir de la comisaría, es que le dijera cuál era el más peligroso de esos dos hermano de la fotografía. Una pregunta de pardillo. Así que le contesté como se merece un alumno que tiene que aprender deprisa si no quiere que le suspendan antes de presentarse al examen. ¿Saben lo que le respondí? “Aprende esto porque no te lo repetiré más veces, El peor de los dos hermanos Mc Coy es el que te encuentras primero.” – El policía aquel hizo una pausa e intentó sonreír, aunque sólo le salió una mueca triste. A continuación, regresó a su cantinela de cazador cansado – Puede que ustedes crean que exagero pero esos tipos son peor que dos perros rabiosos. Yo no tengo nada contra los perros pero sé muy bien que la amistad entre el hombre y el perro no sería nada duradera si la carne del perro fuese comestible. En el fondo. Eddie, mi compañero, no es mal chico. Creo que con el tiempo acabaré teniéndole aprecio si no se me adelanta la muerte. De él, en acto de servicio, claro. Es normal. Al principio, cuando empiezas en esto, estás nervioso. Cada vez que sales a la calle tienes que contar con la posibilidad de que sea la última vez que atraviesas la puerta de tu casa por tus propios pies Eddie es tan precavido y tan solidario que ahora le ha entrado la manía de que debe agilizar los trámites para donar sus órganos a la comisión de trasplantes. Quiere que sean útiles a otros si tiene la mala suerte de dejar de necesitarlos. Muchos policías lo hacen. Yo también lo intenté una vez, hace años. Quise firmar mi voluntad de donarlos pero ¿saben una cosa? me rechazaron en el hospital . Los matasanos de la comisión de trasplantes dijeron que yo era demasiado frío y que lo más seguro es que, en caso de muerte súbita, mis órganos sólo se podrían aprovechar para trasplantárselos a un muñeco de nieve. Eso me dijeron. ¿Qué les parece? Esos médicos que se dedican a salvar vidas poniendo piezas de repuesto a la gente, igual que hacen un taller mecánico con un coche viejo, además les quedan ganas de practicar el sentido del humor. – Él levantó la cabeza buscando con los ojos por dónde andaba la fotografía, que continuaba pasando de mesa en mesa sin que nadie se animara a aportar la menor información al asunto, y acabó localizándola en una mesa cerca de la mía – Insisto, presten atención a la foto. Cualquier detalle que les suene podría sernos de gran ayuda.. ¿Qué estaba diciendo? Ah, si... lo de mi frialdad.....lo de que el inspector Tom O’Hara es el policía más frío de la brigada lo vengo oyendo desde hace veinte años, parece una leyenda urbana. Recuerdo que todo empezó con aquel caso, el del *Chevrolet*

de color rojo. Debió ser por el ochenta y nueve o el noventa. Sí, creo que fue en el noventa. ¿Quieren saber qué pasó aquel día? Lo voy a contar mientras acabo la cerveza. Para darles tiempo a que miren la fotografía... resulta que aquella mañana estábamos patrullando Jim Sherman y yo por la ciento treinta y cuatro en dirección a Times Square cuando de una calleja peatonal salió un coche, un *Chevrolet* del ochenta y cinco, con la carrocería pintada de color rojo sospecha. Iba tan deprisa que no pudo esquivar el buzón de correos de la esquina. Le interceptamos a quinientos metros, entre la ciento cuarenta y una y la ciento cuarenta y tres. Jim, mi compañero estaba muy nervioso, demasiado para ser ya su cuarto o quinto día de patrulla. En cualquier caso, el veterano era yo así que tomé la iniciativa. Les di el alto y les ordené que bajaran del coche. Además del conductor, salieron otros tres fulanos con aspecto de asesinos en serie. Entonces, le pedí a Jim que comprobara la documentación del vehículo mientras yo le echaba un vistazo a la matrícula trasera. Aquellos papeles parecían en regla y ahí debería haber acabado todo como deseaba mi acojonado compañero de patrulla. Pero entonces le pedí al que había conducido el *chevrolet* que abriera el maletero. Noté como palidecía y aquellos tipos se pusieron a jurarme por su madre que en el maletero sólo iba una rueda de repuesto. No tuve más remedio que decirles: “Tranquilos muchachos; yo no pongo en duda vuestra versión de que ahí dentro únicamente va la rueda de repuesto pero tenéis un problema. Acabo de comprobar que a esa rueda se le ha quedado fuera una mano”. Por cierto, hablando de ruedas, ¿cuántas veces han escuchado ustedes decir por ahí que el que inventó la primera rueda fue un genio? Docenas de veces, seguro. Pues a mí me parece que esa es una injusticia histórica. El que inventó la primera rueda sería un genio, no digo que no, pero ¿no creen que al que debiéramos estar verdaderamente agradecidos es al que inventó las otras tres?. – El agente O’Hara sonrió como si lo que había contado formara parte del patrimonio mundial del sentido del humor pero no pasó nada y siguió con su striptease interior, quitándose prendas de debajo de la piel - El caso es que después de aquello, ya saben, el *caso del coche rojo*, Jim Sherman no volvió a patrullar conmigo. Se quedó en las oficinas de la comisaría hablándole a todo el mundo de mi dureza y así es como comenzó esa jodida leyenda de O’Hara *el frío*. Eddie, este novato que me acompaña ahora, me recuerda un poco a Jim. – En ese instante alzo la botella antes de volver a beber un trago de cerveza

directamente de ella - Espero que no corra su misma suerte...- Ya se dirigía a todos nosotros, como si estuviera en un escenario frente a su público apabullándole con el discurso de Marco Antonio ante el cadáver ensangrentado de Julio César - Este trabajo tiene eso, que un policía duerme poco en su cama. Casi todos los novatos empiezan a tener problemas en casa en cuanto les asignan cuatro turnos de noche seguidos. Sus mujeres no quieren dormir solas y eso no es bueno, nada bueno para un policía. Hace que te preocupes de los asuntos personales cuando debieras tener la mente despejada para este trabajo que te obliga constantemente a darle a las cosas muchas vueltas dentro de la cabeza. Al principio, te echan de menos pero luego ellas descubren que el contacto contigo no es imprescindible para dormir a pierna suelta. En cambio, a lo jamás se acostumbra una mujer es a dormir más noches sola de lo que establece su límite. Conozco bastantes esposas de policías que han hecho algo al respecto. Claro que ¿a cuál de ellas le importa el marido, sea policía o ladrón? Me lo dijo una noche mi amiga Sugar Lily, “Un marido no es más que lo que queda del novio después de la boda.” - Se interrumpió para recordar que la foto circulaba por las mesas pero seguía bajo su control - Esa foto no se puede perder. Así que espero que el último que la mire me devuelva. ¿De qué estaba hablando? ... Ah, si. De maridos y mujeres... Es curioso, resulta muy complicado que la cosa funcione más tiempo del que duran las ganas de meterse cada uno entre las piernas del otro. Una vez presencié una escena cuando yo empezaba en esto que me aclaró mucho las ideas sobre el asunto. Había llegado a la comisaría un tipo de mediana edad que dijo que vivía en el Midtown, entre la Catorce y Central Park. Quería denunciar el robo del bolso de su mujer, ocurrido un mes antes. A la pregunta lógica de qué era lo que llevaba su señora en el bolso, aquel hombre me contestó que poca cosa, un billete de veinte dólares, una caja de anticonceptivos casi vacía y la tarjeta de crédito. Entonces, recuerdo que le dije yo, un poco mosca, lo confieso: “¿Así que le han robado a su mujer el bolso con la tarjeta de crédito dentro y a usted no se le ha ocurrido denunciarlo hasta ahora?” Pero aquel tipo se las sabía todas. Me dio el corte más grande de mi vida. ¿Saben lo que respondió mientras me miraba fijamente a los ojos?. “Agente, le seré sincero. Al principio tuve la tentación de denunciar la desaparición de aquella tarjeta pero lo pensé mejor y no lo hice. Fue un acierto. Ese ladrón, quien quiera que sea, no la está usando tanto como mi mujer.” ... Eddie, ya saben, mi joven compañero de

patrulla me ha preguntado esta mañana cómo me las arreglaba yo para no tener el menor disgusto en casa si paso más noches en la calle que dentro de mi dormitorio. Se le veía preocupado. “Creo que no te gustaría saberlo”, le dije para que no indagara demasiado. Pero él siguió insistiendo, dale que dale, que si tu mujer debe ser una santa, que seguro que no te la mereces, en fin que no tuve más remedio que aclarárselo de una puta vez. Le ofrecí un cigarrillo, se lo encendí y finalmente se lo dije. El secreto de que no haya broncas en mi matrimonio es que no hay ningún secreto. Después de veinte años, mi mujer y yo seguimos igual de enamorados que el primer día; yo de mí y ella de sí misma... No sé por qué le dije eso, a pesar de que no tengo mujer. La tuve, sí, pero hace tanto tiempo que ya ni siquiera recuerdo quién dejó a quién. La verdad es que aquella experiencia me vacunó contra la institución. Como me dijo una vez el jefe: “Tom, no olvides nunca que la gente se divorcia muchas veces porque piensa que para divertirse basta con cambiar de aburrimiento. Fíjate en mí, mi segundo matrimonio no ha sido más que una manera de pasar el tiempo entre el primero y el tercero”. Cuando le cuento estas cosas a Eddie se queda tan cortado que le tengo que mentir. Decirle que son bromas mías. Pobre Eddie, aunque él pone toda su mejor voluntad me temo que este chico jamás conseguirá ser un policía como Harry, *el Sucio*. No me le imagino tratándole como se merece a un tipo duro de verdad; uno de esos a los que paras, un momento en la calle, con el fin de pedirles fuego para tu cigarrillo y resulta que ellos vienen ya de incendiar su casa con la familia dentro. Este poli, además de novato, es poco aventurero. Seguro que una de las experiencias más excitantes de su vida habrá sido descorchar la botella de champán en una Fiesta de Fin de Año sin ponerse el chaleco salvavidas. A veces, pienso que este chico ha equivocado la profesión. Debería haber sido ecologista. O poeta. El otro día me contó que el beso de despedida de su mujer, esa mañana, le había caído encima milagrosamente”:Igual que una nevada al mediodía en medio de un verano en el desierto, me dijo con los ojos casi cerrados. Presiento que no va a durar mucho dentro del cuerpo. O entrega pronto la placa y la pistola al comisario o tendremos que devolvérselas a su viuda dentro de una caja de zapatos, junto con el resto de sus pertenencias. Es una lástima, pero a su edad ya debería haber aprendido que uno no puede ser valiente si sólo le han sucedido en la vida cosas maravillosas. Es como apostar por un caballo muerto. Mi caso es distinto, soy

policía, hijo y nieto de policías, y no sabría ser otra cosa. Ahora me estoy enfrentando a un par de asesinos que son hijos, nietos, bisnietos y tataranietos de asesinos. Alguien pensará que esos delincuentes y yo hemos nacido para encontrarnos y ver quién gana la apuesta...quizá, en el fondo, todo se reduzca a eso. Pero la puta verdad es que ellos me llevan un par de generaciones de ventaja y eso es lo que debe saber un policía desde el principio. Mi amiga Sugar Lily...creo que ya les he hablado de ella. Sugar es... bueno, tiene la profesión más antigua del mundo. Una gran mujer esta Sugar.. una noche me aclaró que ella no les cobra ciento treinta dólares por hora a los tíos para darles amor ni placer, ni seguridad en sí mismos. Ni siquiera conversación. Que lo que les da, y con creces, es lo único que busca cualquier hombre en una chica como ella: una buena excusa para seguir creyendo que el dinero puede comprarlo todo. Sugar Lily tiene unas ideas bastante originales sobre los hombres. En otra ocasión me soltó que los hombres son como las olas: que llegan, rompen y se van. Puede que sea cierto. Desde luego, ella conoce los conoce bien. Está harta de abrirles con sus propias manos la cremallera del alma. –Entonces apuré el último trago de su botella de cerveza - ¿No, no crean que Sugar Lily es la única mujer de mi vida He conocido a muchas. Chicas de todas clases... Amber, por ejemplo. Amber era ambiciosa, esa clase de chica que pica tan alto que cualquier charco en el asfalto le inspira el deseo de que la invites a hacer un crucero por las Islas Seychelles. Aunque les suene raro, la conocí en una redada dentro de un bar de carretera. Después de forcejear un rato con ella me acabó confesando: “¿Sabe lo que le digo, agente? Este cacheo al que me ha sometido es el baile más sensual que recuerdo en mucho tiempo”. ¿Qué le podía responder? Pues algo que estuviera a la altura de sus palabras. Clavé mis ojos en los suyos y le solté :”No te hagas muchas ilusiones, muñeca. Simplemente, has usted tenido suerte. Al tiempo que te registraba la ropa, Sinatra se ha puesto a cantar *Strangers in the night* desde la gramola.” Amber me duró cuatro anticipos de sueldo. Los fundió en un par de semanas con sus caprichos caros. Después me lié con Sandy.. ¿O fue Linda? No, seguro que fue con Sandy. Una rubia de pasado tormentoso. Nada más nacer Sandy, el médico le dijo a su madre que la niña había nacido sana, sin infecciones ni defecto físico alguno pero que venía cargada de antecedentes penales. Así que le recomendó que antes de inscribirla en el registro civil, se presentara con ella en la comisaría. Les aseguro que Sandy no era mujer para un

hombre normal y corriente. Compartir la vida con ella era como deslizarse por una escalera de caracol, subido a horcajadas sobre un pasamanos con dientes de sierra. Pero yo sabía entenderla y nos llevábamos bien. Todavía no he olvidado lo que me dijo antes de largarse con un portazo: “Escucha, Tom, yo necesito a mi lado a un tipo con más agallas y menos escrúpulos que tú. Alguien a quien no le tiemble el pulso a la hora de darme fuego cuando estemos tomando juntos un baño de gasolina.” De Sandy pasé a Daisy Li. Daisy no era la sabiduría con tetas, precisamente, pero sí la chica más sexy que he conocido. Me entenderán perfectamente si les digo que Daisy Li era una de esas mujeres a las que invitarías a cenar la noche del día en que te han extirpado el estómago por la mañana. Daisy pasó por mi vida con mayor brevedad que las otras y regresé a Sugar Lily.. No sé lo que me ocurre; al final, siempre acabo regresando a Sugar. Me gusta esa mujer. Y me importa una mierda que haya vivido tanto y que antes de alquilar su cuerpo por horas a los tíos fuera cooperante en una oenegé donde sus dirigentes se lo llevaban crudo. Y que antes de todo aquello fuera una jovencita revolucionaria de esas que sólo agarran un porro para encender la mecha de una botella de gasolina contra el sistema. Claro que para ella también ha pasado el tiempo y, con los años, se ha convencido de que los grandes ideales son como las estatuas. En cuanto los sacralizamos y los ponemos en sagrado, bien quietos, vienen las palomas y los utilizan como letrina. ¿Se han dado ustedes cuenta de que los políticos que abusan de las grandes palabras suelen ser los que nos ofrecen una vida real más pequeña? No tengo la menor duda de que sólo preguntan cuánto cuesta mantener un yate aquellos que jamás podrán permitirse el lujo de comprarse uno. A mí los yates no me interesan nada, me producen mareo. Prefiero los aviones. Lástima que ahora se hayan vuelto tan peligrosos. Bueno, para qué vamos a engañarnos, volar no es peligroso. Lo que encierra muchísimo peligro es estrellarse. Por cierto, hablando de accidentes aéreos, nunca entenderé por qué no hacen todo el avión del mismo material que la caja negra. ¿Y por qué estoy yo aquí hablando de aviones que se estrellan a gente que lo más probable es que sólo hayan sufrido la insignificancia de un extravío de maletas. durante el vuelo. Una vez escuché a un científico apuntar la teoría de que los anillos de Saturno están formados enteramente por los equipajes perdidos y no encontrados durante los viajes en avión. No sé a ustedes. pero a mí esa teoría me parece muy interesante. A decir verdad, he escuchado

peores hipótesis a lo largo de mi vida profesional. Sobre las causas de la delincuencia, sin ir más lejos. Les confesaré algo que no sabe nadie, ni siquiera mi amiga Sugar: Estoy dándole vueltas a la idea de pedir la jubilación dentro de un año justo. Pienso hacerlo pronto, cuando aún me quede tiempo para sentarme en las gradas del circo a ver cómo los gladiadores se comen crudos a los leones. No, no echaré de menos esta vida, ni a Henry, el asesino de ancianas, ni al *carnicero* de Milwaukee. Y menos aún a estos hermanos Mc Coy. Quizá escriba mis memorias. Desde luego, con la condición de que no las publiquen mientras yo viva. Serán unas memorias para la posteridad. Escribir para la posteridad está bien. No es tan difícil, lo hacen todos esos escritores a los que ninguna editorial les publica nada a lo largo de su vida. Además, creo que ya he trabajado bastante. Merezco dedicarme a contemplar cómo lo hacen los demás. Me acuerdo lo que decía Jerome Kane, aquel vago peligroso que vivía de estafar solteronas con el cuento de que se enamoraba de ellas. Recuerdo que le detuve yo en una ocasión en que estaba sentado en un sillón tan cómodo que, según me confesó, no le compensaba levantarse para huir. Cuando le interrogaba me confesó que a él el trabajo le encantaba. “Me gusta tanto el trabajo que soy capaz de pasarme veinte horas seguidas mirando cómo lo hacen los demás”, me confesó el muy cerdo.. Pensándolo bien, después de mi retiro nadie se acordará de mi fama de duro. Ya pueden ustedes suponer que con ese asunto me han llovido muchas críticas de la prensa. De acuerdo, ya lo sé. Forma parte de las reglas del juego: ellos se ganan la vida criticándome y yo cumplo con mi obligación desoyendo sus críticas. Me lo contó una vez el actor Eli Wallach, cuando fui a su casa para revisar el sistema de alarma que le habían instalado “Que te alaben los críticos -me soltó el *feo* de la película *El bueno, el feo y el malo* - es como si el verdugo en la horca te dijera que tienes un cuello muy atractivo.” Si yo les contara... hasta de racista me han acusado alguna vez por atreverme a hacer público el elevado porcentaje de delincuentes negros. ¿Racista, yo? Qué sabrán esos indocumentados. Hace cuatro años viajé al estado de Alabama, a un pueblo que se llama Whiteville. Allí celebran todos los años un concurso de racismo. El último lo ganó el propio *sheriff* del condado. Visitábamos juntos la escena de un crimen en el que había aparecido el cadáver de un muchacho negro con treinta y siete puñaladas en el cuerpo, varias de ellas mortales de necesidad. Y Flannagan, el *sheriff*, era digamos que poco sensible.

Recuerdo que miró el cadáver de aquel muchacho de color y de buenas a primeras me soltó: “No sé lo que opinará usted, agente O’Hara, pero en mi opinión éste es el suicidio más cruel de cuantos he tenido noticias. Este maldito asesino negro se ha ensañado innecesariamente consigo mismo”.

Pero así son las cosas y a mí el estilo es que no me lo han perdonado nunca. Y eso que he cambiado bastante. Vaya si he cambiado... Hay tipos que por mucho que se empeñen jamás consiguen dejar de ser lo que son. Conocí a uno que estaba harto de que la gente le mirase hacia abajo para saludarle porque era enano y se compró unos zancos de un metro. Fue inútil. Sólo consiguió convertirse en un enano de dos metros de altura. Un enano asesino y nervioso. También le cacé y le condenaron a muerte en la silla eléctrica. Aquel negro era demasiado nervioso. Tanto que hasta las fotos de su cadáver achicharrado salieron movidas. - O’Hara se volvió al camarero que seguía en la barra y a lo suyo y le pidió otra cerveza - Eh, chico, ponme otra. Sin alcohol. – y acto seguido se volvió de cara a nosotros y continuó con sus reflexiones de “novela negra”- Les confesaré otra cosa más: hay dos clases de policías. Ojo, que nadie se pase de listo. No me refiero al poli bueno y poli malo, como les han contado. Las dos únicas clases de policías que hay son los de sangre fría y los de sangre caliente. Unos patrullan en verano porque no necesitan que el coche tenga aire acondicionado. Para enfriar el ambiente, les basta con cortarse las venas mientras conducen. Los segundos, en cambio, son más eficaces en invierno. Aunque al coche-patrulla no le funcione la calefacción, ellos pueden entrar en calor respirando agitadamente en cuanto huelen el peligro. Esas cosas se aprenden con los golpes de la vida. ¿Cómo era lo que decía Woody Allen en aquella película? Ah, sí, que no vale la pena que nos tomemos la vida tan en serio porque, al fin y al cabo, no vamos a salir vivos de ella. Y eso que yo no soy de los que piensan demasiado en la muerte. Estoy convencido de que estorba para hacer bien este trabajo. Ni siquiera cuando asistía al entierro de algún compañero me daba por pensar en la muerte. Al contrario, se me ocurría que ir al cementerio no es tan triste si no es para quedarte allí mientras los demás vuelven a casa... Mis sucesivos jefes acostumbraban a decir que soy un buen policía al que le pierde la complicada vida que lleva. Tiene gracia... ellos han conocido, igual que yo, a montones de delincuentes que empezaron la carrera cuando eran críos, arañando las sobras después de que los grandes depredadores se dieran el

festín con cada presa. Muchachos que aún no tenían pelusa entre el labio superior y la nariz y ya escarbaban en los bolsillos de los cadáveres abandonados en las calles para conseguir esas monedas sueltas que los asaltantes despreciaban. Luego, he visto crecer a esos chicos hasta ser ellos mismos los que le clavaban a la víctima un cuchillo en el lado izquierdo del pecho para no agujerearle la cartera y que no se rajaban los billetes. Estoy hablando de miserables que tienen el vocabulario corto porque han aprendido a leer en las esquelas mortuorias de los fulanos que han asesinado – En aquel momento hizo un alto para encender otro cigarrillo y luego siguió con su verborrea - Nunca les he oído comentar a mis jefes que esos asesinos tenían una vida complicada. ¿Saben una cosa? Lo peor de llevar una vida como la mía es que sólo se te complican las cosas al final, en la hora de tu propio entierro. En mi caso, por ejemplo, me temo que la policía tendrá que contratar a un plañidero profesional para que diga en mi memoria unas cuantas palabras amables delante de la tumba. No lo tendrá fácil, lo reconozco. He estado pensando y lo único que podría salvarse de mi pasado es la postura que mantuve dentro del útero de mi madre. Pero ya lo he dejado claro. Atado y bien atado. No quiero ninguna frase sobre mi tumba. Odio los epitafios. Me producen dolor de estómago. En general, son burdas mentiras escritas sobre la piedra porque la piedra lo resiste todo. Sólo conozco un epitafio sincero, el que mi amigo Russell Hardy puso en la lápida de su esposa. ¿Quieren saber que mandó escribir en ella? “*Aquí yace Margaret Hardy. Fría, como siempre.*” Puedo asegurarles que esa era una de las verdades más grandes que he conocido. Yo también pude comprobarlo. Personalmente, quiero decir.. En fin, volvamos a lo que importa, ¿Quién tiene la foto? – Recuerdo que nadie confesó tenerla en su poder - Me lo temía. Hay gente capaz de coleccionar como recuerdo lo que sale del culo de una hiena. Bueno, pues a ti te lo digo, seas quien seas. Puedes quedarte con esa jodida foto, si quieres. Y reza para que ninguno de los hermanos Mc Coy te vea enseñándola por ahí como si fuera un trofeo. Porque puede que le dé por recuperarla. Será por las malas, no lo dudes. – De pronto, se calló y dirigiéndose a la gramola, una antigualla del *Shangai*, metió una moneda en la ranura y comenzó a sonar bajito la música de la canción *A mi manera* abandonada por la voz de Sinatra. Se ve que no quería competir con la de aquel tipo locuaz, un poco quebrada por la emoción o, tal vez, porque un par de cervezas eran poca cosa para compensar la

sequedad de una boca tan habladora - Conviene tener en cuenta que en la vida de todo hombre llega un día en que lo único que puede esperar ya es librarse del agua mineral en las comidas y que una mujer le cierre los ojos si se le quedan abiertos después de dar la última cabezada. Lo que hay antes de todo eso es a lo que llamamos vida. Y es entonces cuando debes hacer las cosas verdaderamente importantes: arrimar el hombro para que el mundo gire un poco mejor, enamorarte y aprovechar el sexo para aprender alguna postura nueva. Tampoco conviene olvidar eso de ganarte un lugar propio bajo el cielo. En fin, ser alguien, antes de que otros te propongan que seas algo a cambio de un precio demasiado alto. Yo, sin ir más lejos, no lo he conseguido pero puedo asegurarles que lo intenté. A mi manera, claro.-

Se calló y empezó a dirigirse a la salida. Recuerdo que ni siquiera se preocupó de recoger la foto que había acabado llegando a mis manos. Bueno, para ser exactos, todavía hizo algo más. Aquel tipo, O'Hara, volvió la cara hacia el camarero que no había abierto la boca en toda la noche y, mientras la música subía de volumen por su cuenta, sin que nadie hiciera nada para ello, hizo su resumen de la vida:

-¿Por cierto, sabes una cosa, chico mudo? Esta cerveza sin alcohol es una mierda.

=====